

Domingo, 26 de agosto de 2007

Buscar en ABC.es

Día de domingo en Freetown

Alberto Masegosa Periodista

Título: Crónica de un viaje al sur del Sahara

Editorial: Libros de la Catarata en colaboración con la Casa de África

Páginas: 252

Fecha de publicación: Primera quincena de septiembre

A veces la realidad parece una novela, una sucesión de aventuras fascinantes o sombrías. «Crónica de un viaje al sur del Sáhara» tiene algo de eso, pero el autor se las arregla para recordarnos que su viaje por el África que en otros tiempo se llamaba «negra», pero también es blanca y más cosas, no es una fábula. Nos cuenta lo que pasa, cómo pasa y por qué pasa

PREPUBLICACIÓN

El paisaje dibujaba en la lejanía el perfil de un felino con la cabeza erguida, pero de cerca sólo se veía un bosque de palmeras que nacía en una playa salvaje y se extendía por la ladera de una montaña oculta por la bruma. Cuando el barco se acercó a la costa, el calor se hizo más húmedo y sofocante.

De los cocoteros surgieron casas conforme la embarcación se aproximaba al extremo sur de una amplia bahía. Construidas con tablones y latón, parecían miserables réplicas en miniatura de las mansiones victorianas de Europa y América. La mayoría tenía varios pisos, los de arriba coronados por tejados con aleros puntiagudos, los de abajo ensamblados a un cinturón de balcones. En casi todas, un escalón daba paso a porches con hamacas bajo las que corría el agua negra de alcantarillas a la intemperie. Se alineaban por cuevas en las que se elevaban los alminares de mezquitas vacías. Y los campanarios de iglesias llenas de mujeres con guantes y pamelas, hombres con traje y sombrero y niños con calcetines blancos y zapatos de charol.

Era día de domingo y Freetown había amanecido en calma. Hacía un mes que, en abril de 2000, los rebeldes habían tratado de tomar la ciudad y, como el año anterior, habían fracasado en el intento, aunque dejando un reguero de pánico. Los rebeldes permanecían en las afueras del núcleo urbano, había temor a que tuviesen infiltrados que preparasen otra acometida.

Cientos de habitantes esperaban en fila ante los puestos de control de los soldados nigerianos de la ECOMOG a lo largo del Congo, un inmundito arroyuelo que nada tiene que ver con el río de África central. En una hondonada

maloliente y atascada de desperdicios, era un vertedero que dividía en dos la capital sierraleonesa. A la derecha del Congo estaban los edificios gubernamentales en torno al Cotton Tree, un árbol frondoso que era el símbolo de Freetown desde que los esclavos libertos que la fundaron colgaron de sus ramas las cadenas para empezar una nueva vida. También se alzaba el Estadio Siaka Stevens, en el que miles de personas continuaban acampadas. Habían llegado en oleadas que se hicieron masivas a medida que los rebeldes habían avanzado desde el interior del país. Igual que los lisiados que convalecían con muñones sanguinolentos en el hospital Connaught, donde ingresaron con las manos cercenadas, envueltas en hojas de periódico o colgando de una arteria que los machetes de los rebeldes, mal afilados, no habían acabado de seccionar. Los había de «manga larga», que habían recibido el golpe seco en el codo, y de «manga corta», a los que el tajo había partido la muñeca.

A la izquierda del Congo, los kamajors hacían planes de combate en su cuartel general. Enemigos de los rebeldes, esos cazadores tradicionales habían sido el mayor respaldo armado del presidente constitucional, Ahmed Tejan Kabbah. Los kamajors practicaban la magia de los mende, que antes de salir de caza hacen sortilegios para ser incorpóreos a los ojos de los animales. Liderados por el capitán Hinga Norman, los kamajors habían sustituido a los animales por los rebeldes, pero utilizaban la misma estrategia para cazarlos. Iban ataviados con gorros de ngomo y casacas a rayas azules y marrones enjaretadas de espejos y cristales, conchas marinas y pequeños escapularios de cuero que escondían conjuros escritos en un trozo de papel. Los kamajors estaban armados de hoces y trabucos.

Un poco más allá, playas, restaurante y hoteles componían el área de Aberdeen. Los militares británicos eran los encargados de inspeccionar en esa zona los maleteros de los coches y los bolsillos de los peatones. Junto a los soldados nigerianos de la ECOMOG y un contingente de la ONU, los militares británicos sostenían al Gobierno constitucional y se alojaban en el Hotel Mamy Yoko, construido en los años sesenta para albergar a familias trabajadoras del Reino Unido al solaz de vacaciones exóticas en África. Diseñado también para los turistas, el Hotel Cape Sierra servía de guarida a periodistas y mercenarios. La mayor parte de los propietarios de los restaurantes habían huido y cerrado sus establecimientos pero los que quedaban hacían buen negocio con los militares, los perros de la guerra, y los de la prensa.

Aberdeen siempre había sido el último refugio de la Ciudad Libre. Lo había sido hacía un mes y en enero de 1999, cuando Tejan Kabbah se replegó en el área antes de trasladarse a un buque nigeriano desde el que siguió una ofensiva rebelde que en aquella ocasión estuvo en un tris de lograr su objetivo. Los guerrilleros habían atravesado el Cotton Tree, desvalijado el Hospital Connaught e invadido el Estadio Siaka Stevens. Sólo habían podido ser detenidos en el arroyuelo del Congo, desde cuya margen izquierda fueron a duras penas repelidos por los nigerianos, entonces también destacados en un vertedero que concluye en una casona grande con ventanas pequeñas y ante la que, un año después, un viejo Mercedes yacía en proceso de desguace.

En el número 1 de la avenida Jommo Kenyatta, en el distrito de New England, vivía Christo Johnson, antiguo maestro. Su primera vocación había sido enseñar a los niños la historia de Sierra Leona, tan macabra como sólo una mente infantil puede recrear. El primer capítulo de que se tenía registro se iniciaba en 1787, al arribar los esclavos liberados por el Imperio británico a un país que debía su

nombre a la silueta de su costa y que los colonos habían apodado «la tumba del hombre blanco» por sus malsanas condiciones.. La metrópolis londinense había prohibido la trata de negros y devolvía a los sobrevivientes a su tierra de origen, en la que reprodujeron la arquitectura de las mansiones en las que habían trabajado con grilletes. Y en las que copiaron la mentalidad de sus antiguos amos, que aplicaron a los nativos, a quienes sometieron.

Freetown y el litoral se transformaron en una colonia de Su Graciosa Majestad en tanto que el interior continuó siendo un protectorado. Hasta que en ese territorio sin domeñar se descubrieron pedruscos que semejan sal gorda pero que tallados se llaman diamantes. Christo asimismo conocía al dedillo, éstos los había vivido, los primeros años de la independencia, cuando la escena política estuvo dominada por el presidente Milton Margai, su hermano Albert y el sucesor de ambos, Siaka Stevens. En los tres casos hicieron pocos esfuerzos por superar la dicotomía entre la antigua colonia y el antiguo protectorado. Los criollos negros y la comunidad libanesa se beneficiaban ellos solos de las gemas, la corrupción fue imparable.

El sistema se vino abajo en 1985 con la toma del poder por los militares, en la persona del general Joseph Saidu Momoh, cuya incapacidad fue un acicate para que a los seis años estallara la guerra civil (...). Hartos de una magra paga por luchar contra la guerrilla, un grupo de suboficiales se presentó ante Momoh en abril de 1992 para pedirle un aumento de salario. Les resultó tan fácil el acceso al palacio de Gobierno que decidieron apropiarse de la presidencia. Protagonizaron pillajes y matanzas. Su jefe era el teniente Valentine Strasser, con 27 años, el estadista más joven que desde Gadafi accedía al poder. Strasser anunció la creación de un Consejo Rector Nacional Provisional, disolvió el Parlamento y proclamó el estado de urgencia, que continuó vigente hasta que en febrero de 1996 Tejan Kabah, anciano musulmán, fue elegido en unas primeras elecciones democráticas que aceleraron el conflicto.

Hacía tiempo, pues, que los colegios permanecían cerrados y que el antiguo maestro, que lindaba los 60, se había visto obligado a cambiar de empleo. (...) Se había hecho periodista. Mejor, maestro de periodistas. Aquel día de fiesta, Christo tenía trabajo.

«Vamos al frente». El viejo Mercedes enfiló hacia el vertedero del Congo antes de que Christo le hubiera dado la orden al chófer desde el puesto del copiloto y, con su inconfundible voz ronca y una sonrisa que dejaba ver un rosario de dientes como perlas, me explicara que ejercía su nuevo magisterio con una máxima: «Ni con el ejército ni con los rebeldes. Lo fundamental en este oficio de periodista es ganarte la confianza de todos. Y hacer creer a todos que trabajas para ellos».

Christo lo había conseguido. Cuando querían hacer un anuncio, era al único colega a quien avisaban los rebeldes, los portavoces gubernamentales, los militares nigerianos, el mando británico. Desde el inicio de la guerra, el antiguo maestro había perdido a un hijo, muerto en los combates. Y a su mujer, de la que se había divorciado por no poder compaginar sus deberes de esposo con los de su nueva profesión. «Busco mujer, a poder ser blanca», confesó.

A la altura del Estadio Siaka Stevens, el coche (...) se abrió camino entre vendedores ambulantes para (...) aparcar frente a la comandancia general del ejército sierraleonés, que la ECOMOG había hecho su sede. En un despacho

(...) esperaba el teniente coronel Olukolade. El jefe del departamento de información del contingente nigeriano sabía que todas las mañanas, tarde o temprano, Christo le rendía visita.

-Buenos días mi teniente coronel, ¿dónde están hoy los rebeldes?

-En Masiaka. Las fuerzas del ejército avanzan y los han repelido hasta esa ciudad.

-Nos vamos a Masiaka. Imagino que la carretera es segura.

-Imaginas mal. Los rebeldes infestan las inmediaciones.

Tras despedirnos del teniente coronel Olukolada, nos dirigimos en el viejo Mercedes hacia el Cotton Three, bajo el que un presunto rebelde permanecía atado de pies y manos, de bruces en el suelo. Dos soldados de la ECOMOG echaban un cigarrillo, satisfechos de la captura. Un jeep militar nigeriano que transportaba a otro convicto pasó a su lado. El vehículo torció en un recodo y se escuchó una ráfaga de ametralladora. Al poco, el jeep regresó por donde había venido, desprovisto de carga.

-Tenemos que parar un momento en Kissy -dijo Christo, a quien la ejecución sumaria le había refrescado la memoria.(...)